

y con trémula mano escribió por última vez : “ Me he confesado..... Queda todo saldado..... En paz.”

Quiso dormir, pero el sueño huía de sus párpados. La tos era continua y se ahogaba.

Cumplíase el quinto día de la licencia de su ahijado. A la caída de la tarde apoderóse de él una agitación febril : la opresión al pecho iba creciendo, y la respiración iba siendo cada vez más fatigosa y más precipitada.

¡ Periquín mío !—dijo Franck—; me muero ! Periquín, con las lágrimas en los ojos, se arrojó sobre él y abrazó á su padre, el cual, con desfallecida mano, trazó sobre la frente de su hijo la señal de la cruz.

Y volviéndose hacia su hija : “¡ Luisa !” exclamó. Abrazóla también, y también trazó la señal de la cruz sobre su frente.

Y teniendo estrechada su mano izquierda por la mano de Periquín, y su mano derecha por las de Luisa, dejó caer suavemente hacia atrás la cabeza..... y expiró.

VÍCTOR VAN TRICHT, S. J.

Nos honramos publicando en seguida los clásicos tercetos que acaba de enviarnos el Sr. D. Belisario Peña. Son, por el fondo y por la forma, como lo verá el lector instruído, un modelo de poesía castellana castiza y genuina, que recuerda las obras maestras de los líricos castellanos del siglo de oro.

Los recomendamos al estudio atento de nuestros inteligentes condiscípulos.

## ELEGÍA

á la santa memoria de mi amadísimo amigo el Sr. Dr. D. Cornelio Crespo Toral, Canónigo Doctoral que fue de la Santa Iglesia Metropolitana del Ecuador

Cuando el querer de Dios que reverencio  
te llamó á sí, callé para que fuera  
más amargo el llorar solo, en silencio ;

callé, porque la lengua lisonjera,  
mercenaria venal de vil privanza  
de la virtud los nombres adultera,

y la verdad á discernir no alcanza  
el digno honor. ¡ Qué pobre está la Gloria,  
robada de la prez de la alabanza !

¡ Si al menos en la vida transitoria  
difundirse pudiera con loores  
la que en mí tienes inmortal memoria !

Yo que lloré marchitas tantas flores,  
¿ cómo no lamentar el dulce fruto  
que del árbol cayó de mis amores?

Ríndate, pues, mi corazón de luto,  
pagado ya el de llanto y de plegarias,  
en flébil verso el postrimer tributo.

Y exhálense mis quejas, secundarias  
á las fraternas que de ebúrnea lira  
salen gimiendo en horas solitarias.

La cruel nueva, al parecer mentira,  
fue para mí fragor de cataclismo,  
horrendo mal que aterra y mueve á ira ;

y, sintiéndome ajeno de mí mismo,  
vistióse el aire todo de negrura ;  
faltóme el suelo y me tragó el abismo.

¿ Por qué devoradora sepultura,  
que entre el tiempo y lo eterno corre velo,  
aviva la memoria y la ternura,

cuando el calor vital no anima el hielo,  
ni ha de soltar la muerte despiadada  
lo que, águila rapaz, robó de un vuelo ?

Pongo ante mí tu imagen adorada,  
prenda hoy de más dolor, y no hallo en ella  
sino mudez ó indiferencia helada.

¿ Dónde está aquella luz ; en dónde aquella  
genial bondad que acariciómeme un día  
con blanda voz y con mirar de estrella ?

Falta el pudor que el mérito escondía,  
aunque en vano, si es viola que se vende  
por el aroma que en redor envía.

Mal puede el sol cuando radioso esplende  
estorbar que traspasen sus fulgores  
la nube que á ocultarlo el velo tiende.

Sí, la modestia, esquiva á esos honores  
que miraste con miedo y grave ceño,  
fue el traidor de tus luces interiores ;

y tú, rebelde al popular empeño  
que te empujaba á merecida cumbre  
¡ qué feliz fuiste en parecer pequeño !

Y eras sal de la tierra, eras la lumbre  
puesta en el monte á iluminar lo inmenso,  
y era tu fuerza y paz la mansedumbre.

Del ascua viva del amor intenso,  
más que de brasas de incensario ardientes,  
despidió olor de suavidad tu incienso.

Y más que el de oro y piedras refulgentes  
fue puro para la Hostia sacrosanta  
el trono de tus manos inocentes.....

Vuélve otra vez al pueblo, que á tu planta  
postrado está, la faz serena y grave ;  
¡ la noble diestra á bendecir levánta !

¡ Ya no será ! ni cual aceite suave  
fluirá tu palabra en arroyuelo  
que á lo íntimo del alma llegar sabe.

Ni en doctos libros, que labró el desvelo,  
tu decir lucirá perspicuo y puro,  
cual óptico cristal que acerca el cielo ;

ni esparcirás más luz en el oscuro  
sendero abierto á la niñez florida  
para que suba *al inmortal seguro*.

No sé por qué la tierra agradecida  
levanta mármol á la Audacia loca,  
y al que enseña á vivir ingrata olvida.

Mas ¿qué le importó al sabio ? Esa que emboca  
Fama mendaz trompeta lisonjera  
más que á tocar á gloria, á envidia toca.

Por eso será que huye la severa  
Prudencia del aplauso y ronco ruido  
que al malo ensalza, al bueno vitupera.

Y se oculta : que sólo en lo escondido  
como está lo precioso en mar y tierra  
ruborosa Virtud hace su nido.

Y si allí la injusticia del que yerra  
osa procaz llegar, vénga el agravio  
dádiva oculta que el perdón encierra.

Allí nació tu sencillez de sabio,  
y ese candor de niño que en ti hicieron  
úno la mente, el corazón y el labio.

Allí al fervor de la oración crecieron  
las balsámicas flores peregrinas  
que con aroma virginal te ungiéron.

Allí te conocí, y, entre divinas  
efusiones, el alma me mostraste,  
cielo limpio en mañanas cristalinas.

Tú con amor á amarte me enseñaste.  
y me sentí feliz en ti viviendo,  
sin que ni el tuyo ni mi amor se gaste.

Gocé de tanto bien, no mereciendo,  
como de aire y de luz el beneficio,  
sin entender lo que al faltarme entiendo.

Tu razón recta maduró mi juicio :  
amé más la virtud sencilla y casta ;  
y odié más, no al vicioso, sino el vicio.

¿ Para qué de bondad y ciencia vasta  
juntaste tanta luz, si el fanal claro  
cuanto es más luminoso más se gasta ?

¡ Cómo se aprisionó, tan sin reparo,  
en frágil vaso, á la estrechez sumisa,  
la etérea esencia del jazmín avaro !

¡ Ay ! no eras para el mundo : aquí no irisa  
el sol de la verdad, ni aquí se siente  
de tu verjel, oh Amor, la rica brisa.

Amor, verdad que corazón y mente  
ansiaron tanto en vano, y anheloso  
fuiste á saciarlos en la eterna Fuente.

Después de tanto día trabajoso  
de labor sin descanso, de rodillas  
pediste al Padre el nocturnal reposo.

Le llevaste granadas las gavillas  
del trigo candeal de tu cosecha  
en brazado de espigas amarillas ;

y sin juzgar la deuda satisfecha  
volviste triplicados los talentos  
al severo Amo de la cuenta estrecha.

Su paz te sonrió, y en opulentos  
campos constituyó tu residencia,  
do al deseo anonadan los contentos.

Cuanto ganó de Cristo la paciencia  
es todo tuyo ya, que al hijo pasa  
el paterno sudor en pingüe herencia.

Habitas ya la inamovible casa  
tan repleta de bienes y de hartura  
que puedes dar al mísero sin tasa.

Dáme también á mí ver tu hermosura,  
la que no ha de sufrir del tiempo daños,  
a en que no puede obrar la tierra impura.

Dáme mudar el odio y los engaños  
por la verdad y amor en que floreces  
donde vives sin noches y sin años.

Ya á mi largo penar no temo creces,  
porque del cáliz de mi amargo duelo  
agoté turbias las postreras heces.

Mató tu muerte el último consuelo  
á que pude aspirar ; tronchó los ramos  
de que estuve pendiente, y vine al suelo.

Tiéndeme, pues, la diestra : ea, vamos  
á donde á estar contigo Dios me llama :  
¡ No es vida el respirar sin los que amamos,  
ni es muerte ir á vivir con quien nos ama !

BELISARIO PEÑA

Quito, 21 de Marzo de 1905.